

Imperialismo Cultural en América Latina: Historiografía y Praxis

He leído la presente obra con una ávida curiosidad. No todos los días llegan a nosotros las publicaciones de los estudiosos cubanos o australianos. Cuando recibí el libro, debo reconocer que primero lo tomé casi como un artefacto, que lo miré por todos lados antes de hojearlo. Me pregunté por qué me habían pedido a mí que lo presentara. Porque quizás es una buena idea partir diciendo que esta publicación, en su detalle y en su conjunto, no corresponde a lo que en nuestro actual ambiente académico chileno se consideraría historia cultural.

Uno de los debates de la historiografía crítica en nuestro país, serían las diferencias entre la historia *social* y la historia *cultural*, latente (quizás) desde la década de 1980.

Mientras la primera (la historia social) estaría enfocada en los movimientos sociales y sus luchas en contra la injusticia, la represión y la abrumadora desigualdad social endémica de nuestras sociedades, la segunda (la historia cultural) tendría un lugar más cercano a los debates intelectuales de la academia, un poco de cenáculo, distantes de las luchas concretas y de los territorios peligrosos de la política y la economía. Mientras la historia social mira a las barriadas pobres donde se viven los problemas reales, como el hambre y el frío, la historia cultural se dedicaría a discutir el género, el cuerpo, el discurso y el lenguaje. El concepto historia social se asimila a compromiso con lucha social. El término historia cultural se asimila

a un posmodernismo algo snob, si es que no crípticamente derechista, o al menos derechista en el sentido de haber abandonado la arena de pensar sociedades mejores desde las ciencias sociales.

Sabemos bien, sin embargo, que esa dicotomía es ficticia; si existe en la academia, no lo es en la realidad social. Las ideologías se expresan en instituciones, en valores y en leyes, pero también en la apropiación que de ellas hacen los individuos de manera casi 'espontánea', considerándolas el comportamiento (entre comillas) *natural*. No somos *sociales* por un lado, en un día, y *culturales* en otro: la apropiación simbólica del mundo, las diferencias que se establecen en el hablar, el vestir, la música, la gestualidad o la construcción de nuestros cuerpos no están separadas de las jerarquías sociales que se establecen por clase, por etnia, por género, por origen. Las expresan, y dialécticamente, también las crean y reproducen. Son parte constitutiva y central de las estrategias de dominación y también de rebeldía.

El presente texto, entonces, se me presentó como una alternativa interesante ante esas dicotomías cons-

truidas, a veces, en el mundo universitario. Lo social no aparece aquí separado de lo cultural. Profundizar en cómo la organización de la educación universitaria influye en la creación de un mayor apego de los estudiantes a los proyectos de desarrollo social de sus países de origen, evitando así también la dolorosa 'fuga de cerebros' hacia los países del Norte, me pareció una veta muy interesante de explorar y profundizar. El primer capítulo (*El Imperialismo en lo cultural y los pueblos de América Latina*), por Jorge Ortega y Odalys Peñate, sirve como una delimitación del terreno conceptual que se desarrolla a través de los capítulos siguientes. Asimismo, el trabajo de Robert Austin (*El Buen Vecino Global: Intervención estadounidense en culturas nacionales*), que re-visita y re-cuerda las intervenciones de la CIA no sólo en los golpes de Estado, sino también en los cerebros y en los corazones—si todavía les quedaba algo de corazón, claro—de quienes se convirtieron en sus asesinos vicarios, puede decirse que sigue una ruta similar.

La investigación de Carolina Kaufman (*Educación y dictadura: Argentina, 1976-1983*), también, nos re-

AZUN CANDINA

cuerda que las dictaduras militares recientes no trabajaron exclusivamente en el terreno de la represión directa y física, sino también intentando instalarse en la escuelas, convertir sus principios en conocimiento 'objetivo', en verdad indiscutible en tanto verdad única y solos valores posibles. Vale la pena aquí recordar las furiosas palabras de los militares argentinos sacados del poder en 1983, cuando declararon que 'habían ganado la batalla de las armas, pero no la batalla de las ideas'. Reconocían así que lo habían intentado.

Las reflexiones de Nuria García, Zaida Savournín y Victoria Pérez (*La Transculturación y el Imperialismo Cultural en Cuba*) nos acercan también a esa lectura más compleja del Imperialismo Cultural. No se trata el imperialismo, en una definición burda, de la sola llegada de influencias europeas o norteamericanas al Caribe o América del Sur. Se trata del intento de imponer ciertas influencias y ciertos saberes como únicos legítimos, universales, negando que son también una construcción larga y variopinta en el tiempo y que también en América son transformados, son asaltados desde abajo

y desde lado para ser otra cosa.

Este fenómeno es estudiado también en los artículos del profesor Luis Vitale y Claudia Videla (*El Imperialismo en lo Cultural: Desde la formación del pensamiento nacionalista hasta los pensadores marxistas latinoamericanos*), y de Graham Holton (*Aceite, Raza y Calipso en Trinidad y Tobago*), donde nos queda en evidencia la hibridez que está en la base de un pensamiento que podemos definir como latinoamericano, en el sentido que los estudios culturales han dado a ese término: *híbrido* no sólo como mestizaje (todas las culturas son mestizas y diversas, llegado el caso) sino como desarrollos culturales que han sido vividos por separados pero que, en tiempos históricos específicos, se encuentran para producir algo nuevo, que ya no corresponde a ninguno de sus campos de origen, exactamente, aunque establezca relaciones con ellos. De tal manera, estos textos visibilizan que el esfuerzo por imponer ciertos valores, ideas o idiomas europeos no es algo intrínseco a dicha herencia cultural, no ocurrió tampoco por una creencia pura y prístina en la superioridad de las categorías y las ideas llegadas

desde Europa, sino porque muchos principios fueron utilizados de esas manera, fueron tomados y usados como herramientas para instalar al capitalismo como modelo social, político y económico, deseado desde fuera del continente y también por las elites locales.

La cultura es un campo de batalla, y como en muchas batallas, se pelea con lo que se tiene a mano, aunque no haya sido pensado originalmente como un arma. De allí el intrincado camino que nos espera en estos vericuetos culturales: el origen no es lo mismo que el uso, y viceversa. Y a diferencia de cuando se pelea con aviones y tanques, uno de los mecanismos del imperialismo cultural es nunca entrar en combate presentándose como máquina de guerra y sujeción, sino como lo necesario, lo natural, lo lógico y lo mejor. Destaco lo de lo *mejor*, lo *superior*: reconozco que me hizo recordar antiguas (y entonces inocentes) reflexiones de adolescencia la introducción al texto, cuando se menciona que las grandes realizaciones arquitectónicas de los pueblos originarios de América han sido vistas e interpretadas como posibles trabajos de los extraterrestres. Es

decir, nadie pone en duda que los griegos fueron capaces de pensar y construir el Partenón, o que las catedrales del norte de Italia fueron obra de los habitantes del norte de Italia, pero ¿las Líneas de Nazca? ¿Las pirámides aztecas? ¿Los moai de Rapa Nui? ¿Obras de los salvajes? No. Seguro que avanzados y misteriosos alienígenas tuvieron que ayudarles.

Pero como no todo ha de ser alabanza, también quiero poner algunos puntos para el debate.

Debo decir que en la introducción a este texto me provocó escozor una cierta angelización del mundo indígena anterior a la conquista y dominación española y, de tal manera, un ansia quizás demasiado vehemente de mostrar que el imperialismo es malo porque antes de él o al lado de él todos fueron (o somos) esencialmente buenos, o solidarios. Creo que para denunciar las prácticas imperialistas no es necesaria esa batería o esa justificación beatificadora de aquellos que no eran o no son capitalistas y blancos. El imperialismo, en tanto estrategia de dominación, de violencia física o simbólica, de método para conseguir el bienestar de unos ba-

AZUN CANDINA

sado en la penuria y sufrimiento de otros, es ilegítimo por sí mismo, independientemente de las virtudes o problemas o 'defectos' que puedan tener los pueblos y los colectivos a quienes se aplica. De hecho, esa esquematización binaria puede volverse muy peligrosa: si alguien nota, por ejemplo (y alguien lo va a notar) que no todas las culturas indígenas americanas fueron siempre y esencialmente solidarias e igualitarias, podría terminar justificando la dominación europea, al menos en parte. De hecho, ese es uno de los argumentos centrales de la justificación ideológica del imperialismo norteamericano: dado que hay pueblos no-capitalistas y no-occidentalizados en el mundo donde existe violencia, desigualdad o pobreza, los Estados Unidos deben ir a *hacerse cargo* del problema.

Creo, por el contrario, que no tenemos que intentar justificar o relativizar la práctica de los sacrificios humanos entre los aztecas, por ejemplo, para considerar fundamentalmente injusto que Hernán Cortes tratara de robarse México y ponerlo a las órdenes del emperador Carlos. Asimismo y saltándome al mundo

contemporáneo, personalmente me siento en plena libertad de criticar acciones o principios del fundamentalismo islámico, sin que para nada ello signifique que me pondré de parte de una invasión militar, económica y cultural a Irak, o a Irán. Igualmente, se percibe la convicción—en diagonal—que el imperialismo ha tenido numerosos éxitos en América Latina debido a su propio poder y a su alianza con las burguesías locales, lo cual es cierto, pero no es todo lo cierto.

Queda pendiente el trabajo de cómo y por qué (y quizás hoy con más fuerza que nunca antes) los ideales de la sociedad de consumo, de la ética individualista, del *american way of life* también han permeado a los sectores populares, campesinos, urbanos de nuestras sociedades. No sólo a los ricos y los famosos de América Latina les gusta la música pop, los autos último modelo y la ropa de los modistos de alta costura, aunque a veces sólo puedan comprar imitaciones más baratas. No sólo a los derechistas o a los partidarios decididos del libre mercado. Decir que se trata simplemente de alienación y manipu-

lación nada más, no es suficiente. Tenemos mucho por trabajar y entender en esas áreas.

Sin embargo, esa crítica no invalida para nada el indudable aporte que estos textos hacen ligando el desarrollo social con el cultural. Quizás desarrollo, también, no es la palabra exacta: quizás debería decir campo de batalla, guerra con y sin balas, toma de conciencia, porfía por no olvidar que lo que nos ocurre en la cultura nos ocurre en la economía y en la política, también.

Nota: AUSTIN, Robert (Org.). **Imperialismo Cultural en América Latina: Historiografía y praxis**. Serie "Historia y Cultura de Nuestra América (Tomo I)". Santiago de Chile: Ediciones CECATP, 2006. Ver <http://members.westnet.com.au/j.henriquez2/imperialismo/index.htm>